Capítulo 2 - La presencia del quichua en el Ecuador

Luis Montaluisa Chasiquiza

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

MONTALUISA CHASIQUIZA, L. La presencia del quichua en el Ecuador. In: *La estandarización ortográfica del quichua ecuatoriano*. Consideraciones históricas, dialectológicas y sociolingüísticas [online]. Quito: Editorial Abya-Yala, 2019, pp. 123-140. ISBN: 978-9978-10-496-5.
<https://doi.org/10.7476/9789978104965.0003>.

All the contents of this work, except where otherwise noted, is licensed under a [Creative Commons Attribution 4.0 International license](#).

Todo o conteúdo deste trabalho, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença [Creative Commons Atribuição 4.0](#).

Todo el contenido de esta obra, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia [Creative Commons Reconocimiento 4.0](#).

La presencia del quichua en el Ecuador

Sobre la presencia del quichua en el Ecuador se han formulado varios planteamientos. ¿Es preincaico, como dicen unos, o llegó con los incas como sostienen otros? ¿Antes de la invasión española ya estuvo muy extendido en el país o su difusión se produjo principalmente con la evangelización, durante la Colonia? La discusión continúa. Algunos autores, a lo largo de la historia, han propuesto diferentes hipótesis acerca de la presencia del quichua en suelo ecuatoriano apoyándose en criterios de orden lingüístico, arqueológico y etnohistórico, fundamentalmente. Al presente no es posible llegar a una posición cerrada sobre el tema.

Una vez que se ha presentado el estado del arte sobre las lenguas prequichuas que constituyen el sustrato del quichua de la Sierra ecuatoriana, se pasa a tratar las teorías acerca de la presencia del quichua en el Ecuador.³⁸ Al respecto, los autores se han alineado en torno a dos posiciones: la una postula que esta lengua es originaria del Ecuador y la otra considera que el quichua es de origen exógeno. La segunda posición se subdivide a su vez en torno a dos hipótesis: la una sostiene que esta lengua llegó a estos lugares antes de la presencia de los incas por factores comerciales y religiosos, y la otra señala que el quichua arribó al Ecuador con los incas. A continuación, presentamos una síntesis crítica de las propuestas.

38 En este punto no se involucran las teorías que se han propuesto sobre el origen del quichua en el Perú. Para esto remitimos a los estudios de Torero (1974, 2007), Cerrón-Palomino (1987), Heggarty y Beresford-Jones (2012), Itier (2013), entre otros.

La teoría del origen ecuatoriano

Luisa Stark, basándose en argumentos de lingüística interna —la reconstrucción interna de seis sufijos, la diversidad dialectal del quichua de la Sierra centro— y también en algunos datos arqueológicos del padre Porras (1980), postula la teoría del origen ecuatoriano del quichua. Esta hipótesis surgió en la década de 1970, no ha tenido muchos seguidores, pero es conveniente revisar sus argumentos como un complemento al conocimiento de las lenguas de sustrato del quichua.

En el campo arqueológico, el padre Porras, por los mismos años que Stark elaboraba su propuesta sobre el origen del quichua, encuentra similitudes en la cerámica de la cultura panzaleo de la Sierra centro con la de la fase Cosanga ubicada en la actual provincia amazónica de Napo. Partiendo de esto, este autor sugiere que la cultura cosanga se habría expandido desde la Amazonía hacia Pillaro, en la zona central de la serranía, luego se habría extendido hacia la Costa y de allí a otros lugares más distantes. Esta cultura habría surgido por el año 400 a.C., en los valles situados entre el río Quijos y el río Cosanga, en las estribaciones amazónicas de la Cordillera oriental; desde allí, hacia 700 d.C., habría salido hacia la Sierra, posiblemente acosados por hordas de cazadores y recolectores amazónicos. Esta cultura habría estado vigente en la Sierra hasta la invasión de los incas (*cf.* Porras, 1980, pp. 205-285). Apoyándose en estos datos arqueológicos —y en los de lingüística interna que se verán más adelante—, Stark identifica a la lengua quichua como idioma de este pueblo amazónico. Sin embargo, aun suponiendo que la propuesta de expansión de la cultura cosanga sea comprobada, no hay manera de concluir que el idioma que hablaban los migrantes cosanga en épocas preincaicas era el quichua, por el contrario, se conoce que la zona originaria de esta cultura, al momento de la invasión española, estuvo ocupada por la lengua quijo. De ahí que el argumento de que haya ocurrido el fenómeno de una expansión del quichua desde Cosanga hacia la Sierra centro del Ecuador hace unos mil años es un argumento muy

deleznable para aplicar al origen y difusión de esta lengua, tomando como base la Amazonía ecuatoriana.

En cuanto a la argumentación lingüística, según Hartmann (1979, p. 286), Stark en 1973 había propuesto la clasificación del quichua de la Sierra ecuatoriana en dos grupos: el ecuatoriano A y el ecuatoriano B.

Hace pocos años Stark (1973: 5-10, 17), “dejando aparte los testimonios de los historiadores”, ha tratado de analizar evidencias lingüísticas a favor de la existencia preincaica del quechua en el Ecuador. A raíz de determinadas diferencias morfológicas entre los dialectos quechuas de la Sierra establece dos agrupamientos: el primero denominado “ecuatoriano A” incluye los dialectos hablados en las provincias de Pichincha, Cotopaxi y Tungurahua, el segundo, “ecuatoriano B”, comprende los de las provincias de Imbabura, Chimborazo, Cañar, Azuay y Loja. Esta clasificación se basó en seis sufijos: el de posesión, dos locativos (direccional y separativo respectivamente), dos sufijos independientes (énfasis y ‘todavía’) y, finalmente, el de gerundio, o sea el sufijo subordinador cuando no hay cambio de actor en la cláusula principal y la subordinada, de los cuales, en rigor, según mi opinión, solo se pueden tomarse en consideración los cinco primeros. Estos morfemas en el grupo B tienen una ‘a’ (vocal baja) antes de una fricativa velar o de una nasal mientras que los del grupo A ostentan ‘u’ o ‘i’ (vocales altas) respectivamente. En base de esto Stark formula la hipótesis de que las formas que se encuentran en los dialectos que componen el grupo A representan las formas más antiguas que las del grupo B, y no solamente más parecidas a las formas originales del proto-quechua sino incluso más tempranas que las formas reconstruidas por Parker.

Con estos datos se puede observar morfemas que en el ecuatoriano B tienen la vocal [a], en tanto que en el ecuatoriano A se realizan como [u] o [i]. Los morfemas involucrados fueron el genitivo-benefactivo {-pak}, el direccional {-man}, el ablativo {-manta}, el independiente contrastivo {-tak} y el independiente estativo {-rak}. Como la autora supone que la realización de estos morfemas en el ecuatoriano A son los más antiguos que los del B, los reconstruye como *{-puk, -mun, -munta,

-tik, -rik}, respectivamente. Así pues, según Stark, los cambios vocálicos se habrían operado en la siguiente dirección: [u > a], y [i > a].

Sobre esta propuesta, Hartmann realiza un análisis crítico de la teoría mencionada. Basándose en la documentación de varios autores de inicios de la Colonia, en los datos de las “Relaciones geográficas” y en datos de otros autores posteriores, descarta la posibilidad de que el quichua tenga un origen en la Amazonía ecuatoriana en los siguientes términos:

La ponencia pronunciada por Louisa Stark, Universidad de Wisconsin, Madison, con motivo del “Primer seminario Nacional de Educación Bilingüe en el Ecuador”, celebrado en Quito el mes de octubre de 1973, y las hipótesis formuladas por ella, a raíz de evidencias lingüísticas en combinación con resultados de la investigación arqueológica, acerca de la procedencia del quechua ecuatoriano y de su ubicación temporal han estimulado a la autora de este artículo a revisar, una vez más, los testimonios históricos a disposición a favor o en contra de una posible existencia preincaica del quechua en el Ecuador. Se descarta la posibilidad de que el quechua originase en el Oriente ecuatoriano para seguir difundándose a la Sierra y a continuación en dirección sur al Perú (Hartmann, 1979, p. 293).

A pesar de estas críticas, la autora (*cf.* Stark, 1985, pp. 453-454) continuó proponiendo el origen del quichua en la Amazonía ecuatoriana y su posterior expansión hacia la Sierra centro y la Costa. Luego habría llegado a la Costa central del Perú y finalmente al Cuzco. Posteriormente, los incas —mediante los mitimaes— habrían expandido el quichua cuzqueño —que se distinguía por las series oclusivas aspiradas y glotalizadas— a las provincias de Loja, Azuay, Cañar e Imbabura, donde no se habló el quichua antes de los incas. Menciona que las glotalizadas no se mantuvieron en el Ecuador, sino solo las aspiradas. Stark señala, además, que la hipótesis de que el quichua haya entrado desde el sur con los incas solo está basada en un argumento de etnohistoria de Cieza de León y Garcilazo de la Vega, el primero de paso por el Ecuador

y el segundo que quizá nunca estuvo en el Ecuador. En tanto que ella pretendió basarse en un argumento arqueológico y en otros de lingüística interna. Asimismo, dice que el quichua anteriormente no fue una lengua aglutinante, sino analítica. En otra publicación, Stark (1985, p. 453) señaló lo siguiente:

Furthermore, there are enough similarities between Panzaleo and Cosanga ceramics from the Oriente (400 B. C.-600 A. D.) to presume that the two are related, with the Cosanga pottery of a period somewhat earlier than the Panzaleo ceramics (Porrás 1975). If this is the case then perhaps we can assume, as did von Tschudi that early speakers of Quichua entered Ecuador from the East, and after settling there a group split off and traveled south. This group probably traveled along the coast, settling on the north central coast of Peru sometime before the 9th century (Torero 1972: 82). In fact, the Quechua of this area shares certain phonological characteristics with the Quichua of Ecuador which are not found in other Quechua speaking areas. These include the lack of post-velar stops, lack of aspiration and glotalization in the stop series, and the voicing of stops after nasals (Parker, 1970, p. 167).

La argumentación lingüística de la autora la resume Cerrón-Palomino en los siguientes términos:

El carácter arcaico de las formas con vocal alta estaría refrendado, según la autora (*cf.* Sobre todo Stark 1974, 1985b), por el hecho de que, de acuerdo a una tendencia generalizada del quechua en virtud de la cual muchos —si no la mayoría— de los sufijos fueron formas libres originariamente, aquellas parecen haber sido raíces verbales en un principio: así, **-puq* derivaría de una raíz **pu* (*cf.* **pu-ri* ‘caminar’. Donde **-ri* sería, a su vez, el mismo verbo *ri* ‘ir’); **-mun* y **mun-ta*, por su parte, provendrían de la raíz **mu* (*cf.* **mu-na* ‘querer’), que indicaría algo como ‘realizar una acción en dirección del hablante’; finalmente **-tiq* y **riq* estarían relacionados con los verbos originarios **ti* ‘existir’ (*cf.* *tiya-*) y **ri* ‘ir, respectivamente. Como se ve, mediante una ingeniosa aplicación del método de reconstrucción interna, Stark se permite un buceo mucho más profundo en lo que pudo haber sido la protohistoria del quechua (1987, p. 339).

Otro argumento lingüístico de Stark (*cf.* 1985, p. 452) dice que el habla de la Sierra centro del Ecuador, es decir, el denominado quichua ecuatoriano A, presenta mucha diversidad dialectal, lo cual es signo de ser más antiguo que los que conforman el quichua ecuatoriano B, y esto constituye una evidencia para ella de que el quichua fue hablado en esta zona antes de la conquista de los incas.

De la revisión de los argumentos de lingüística interna de Stark, se puede colegir que la autora no presenta el criterio con el cual seleccionó los morfemas antes señalados para fundamentar su hipótesis, cuando hay otros morfemas que tienen esta misma característica: el oscilativo {-ykacha} que, en esta zona, se realiza como [ykača ~ yxiča], el aditivo independiente {-pash} que se pronuncia como [paš ~ piš]. Tampoco tomó en cuenta los cambios vocálicos en el léxico como en [yuyak > yuyik] ‘el que sabe, anciano’; [kuyay > kuyiy], ‘amar’, usado en la Sierra; [ñukančik > ñukunčik] ‘nosotros’; [yawar > yawur] ‘sangre’; [munay > munuy], etc., que también se dan en la Sierra centro, en donde el cambio habría sido de [a > i] y de [a > u], respectivamente, los cuales muestran la tendencia contraria a lo propuesto por Stark. El cambio lingüístico operado en la morfofonémica, según la propuesta de Stark, choca contra el principio de plausibilidad. Es más factible el cambio de [a] > [i ~ u] que la inversa, como esta autora propuso. Sobre la inviabilidad de la hipótesis han opinado Hartmann (1979, pp. 287-289) y Cerrón-Palomino (1987, pp. 338-341) desde el punto de vista lingüístico.

En la formulación de su propuesta, Stark tampoco la contrastó con datos de los documentos coloniales como: crónicas, “Relaciones geográficas”, etc. Ahora se tiene a disposición más documentación acerca de las misiones coloniales, tanto de los jesuitas en Maynas como de los dominicos en Canelos; ellas tuvieron su base en Quito y fueron las encargadas de evangelizar a pueblos amazónicos de distintas lenguas. Al parecer estos misioneros tomaron como lengua de transición las propias de esos pueblos, pero se apoyaron mucho en el quichua. Los pocos escritos que se conocen sobre la doctrina cristiana que utilizaban, generalmente van

acompañados de la versión quichua. Así, por ejemplo, en el catecismo anónimo de 1753 de una lengua de la familia tucano (secoya), el texto castellano aparece seguido del secoya y luego del quichua. Además, los misioneros en sus recorridos iniciales generalmente se hacían acompañar de quichuas, inicialmente de la Sierra y luego de los “quichuizados” de la ceja de montaña. Esto muestra un ingreso paulatino del quichua en la Amazonía durante la época colonial, lo cual constituye un contraargumento a la hipótesis formulada por Stark de que el quichua surgió en la Amazonía ecuatoriana y de allí se expandió a la Sierra centro del Ecuador.

Por otra parte, Stark tampoco tomó en consideración la presencia de un significativo número de topónimos, fitónimos y antropónimos presentes en la Sierra centro que no pertenecen al quichua, sino a lenguas anteriores. Si el quichua hubiera sido muy antiguo en la Sierra centro del Ecuador, los topónimos, antropónimos y fitónimos prequichuas serían muy escasos. Por otra parte, la diversidad dialectal de esta zona podría explicarse acaso por la presencia de mitimaes de diversos lugares que fueron colocados en la zona durante el incario y no porque la gran fragmentación se deba a su antigüedad, como lo sugiere Stark.

Así pues, los avances en las investigaciones, tanto a nivel de lingüística interna como de lingüística externa, le han dejado huérfana de respaldo científico a esta propuesta.

Teorías del origen exógeno del quichua

La mayor parte de autores que han estudiado la presencia del quichua en el Ecuador considera que vino del sur. Sin embargo, existen discrepancias tanto en la época de su llegada como en la forma de su expansión.

Las teorías del arribo preincaico del quichua

Durante la época colonial, Juan de Velasco, al hablar del idioma del Reino de Quito, señala que era un dialecto del mismo de los incas,

que estuvo ya presente en estas tierras desde antes de la venida de los cuzqueños. Al respecto dice:

El de los Scyris, que era el dominante, no era otra cosa, según he significado otras veces, que un dialecto del mismo idioma de los Incas del Perú, o más bien, el mismo mezclado con otros, y diversamente pronunciado. Esta circunstancia, la cual no se había observado entre tantos países intermedios, causó a Huayna Cápac tanta maravilla en Quito que conoció y confesó (según es fama constante) el que ambas monarquías habían tenido un mismo origen (Velasco, 1789/1978, vol. II, pp. 170-171).

Sobre la hipótesis de Velasco no se han encontrado datos en otras fuentes que la corroboren. Por otra parte, ella es de fines del siglo XVIII, por ende, resulta bastante tardía.

Posteriormente, ya en la época republicana, el suizo Tschudi (1873), postuló también que el quichua arribó al Ecuador en tiempos preincaicos. De la posición de este autor, Hartmann trae una cita, traducida por ella, cuyo texto es el siguiente:

La opinión generalmente compartida de que solo con las conquistas incaicas el quechua haya sido difundido al norte, hasta Quito y más allá, porque largo tiempo antes de que existiera una dinastía de los incas, se hablaba quechua en la parte septentrional de la América del Sur, en la actual República del Ecuador [...]. Prescindiendo de algunas excepciones locales insignificantes [continúa escribiendo] cabe aceptar como un hecho de que en todas aquellas regiones, en las que está en uso aún hoy día, el idioma quechua se ha hablado también ya miles de años antes de la dinastía incaica [...] a raíz de formas antiguas que, pese a la influencia del dialecto cuzqueño modernizante ejercida durante el inca Atawal'pa se han conservado en Quito, considero al dialecto de Quito como más antiguo que el del Cuzco, lo mismo que el dialecto Tsintçay (1979, pp. 267-268).

A fines del siglo XIX varios autores también sostienen el carácter preincaico del quichua ecuatoriano, por ejemplo, Grimm (1986, pp.

V-VI) —siguiendo el modo de pensar de aquella época— argumenta que el dialecto ecuatoriano es más primitivo por tener solo tres vocales y formas gramaticales menos variadas que el del Cuzco. Otros autores que sostienen la presencia preincaica del quichua son: Middendorf (1890, p. 3) y Cordero (1892/1955, pp. VII-VIII).

Luego, Torero, basándose en un documento publicado por Rostworowski (1970, pp. 135-178), asume que el quichua se expandió desde el Perú y que llegó a tierras lejanas como el actual Ecuador cuando dice:

Como resultado de largos siglos de relación socioeconómica multiregional en los Andes, las variedades Chinchay del Quechua —y tal vez algunas variedades Yúngay todavía no tan distantes de aquellas— se habían convertido en el vehículo de comunicación más importante que cualquier otro: la “lengua verdaderamente general” la llamarían los cronistas. Hacia 1530 (año cero preconquista), se empleaba desde el centro de Chile y el noroeste argentino hasta Ecuador y quizá el sur de Colombia y hasta a orillas del río Amazonas (donde Orellana, el descubridor del gran río se entendió pocos años después por medio del quechua con algunos pueblos ribereños) (Torero, 1974/2007, p. 104).

Hartmann revisa las teorías de Velasco, Tschudi y Torero, y sin descartar que haya habido posibles infiltraciones o penetraciones quechuas en tiempos preincaicos, sostiene que una difusión masiva de esta lengua se dio con los incas:

Por lo demás opino, en base de las fuentes a disposición, que la quechuización de amplias partes de la actual República del Ecuador no se ha iniciado antes de la llegada de los Incas, empeño que ha sido continuado con pleno y duradero efecto en la época colonial, reflejando las variantes dialectales existentes, por lo menos en parte y en mayor o menor grado, efectos obrados por el sustrato respectivo en el superestrato quechua (Hartmann, 1979, p. 293).

Posteriormente, Torero matiza la presencia preincaica del quechua en el Ecuador y ya no se refiere a todo el quichua ecuatoriano, sino al de la Sierra septentrional como parte del QIIB (*cf.* “Antecedentes”, cap. 3):

Ahora bien, de lo dicho hasta aquí queda claro que no se dieron durante la conquista y la ocupación incaicas del Ecuador (ni tampoco, naturalmente, en la época hispánica) los factores y condiciones requeridos para la introducción y la extensión consistente de un dialecto quechua del tipo IIB, cuyas formas son, sin embargo, las que han predominado sustantivamente en la constitución de las hablas ecuatorianas modernas. Se deriva de esto que la presencia del proto IIB ecuatoriano en el área septentrional debe fijarse en términos preincaicos. En respaldo de esta conclusión, si fuera necesario, y como de contragolpe, se hace evidente que solo con una presencia preincaica ya suficientemente avanzada pudo este IIB contrarrestar los masivos y múltiples aportes “sureños” llegados con el imperio y salir finalmente victorioso —aunque no indemne— de la contienda lingüística (1984/2011, p. 103).

Posteriormente, Hartmann (1997), al referirse a las “fuentes quechuas de la época colonial con referencia al Ecuador”, ratifica que la primera fase de “quichuización” del Ecuador en tiempos preincaicos debió limitarse a una elite, pero que la extensión del quichua a toda la Sierra ocurrió solamente a partir de los siglos XV y XVI, con la imposición de la lengua por los incas.

Torero, para sostener que el quichua ya estuvo bastante difundido en el Ecuador al momento de la llegada de los españoles retoma el dato de Cieza de León (1553/1973) de que en la Sierra ecuatoriana, además de las lenguas propias en los diversos pueblos, estaba presente la lengua general de los incas (Torero, 2002, pp. 98-105). Sin embargo, este último dato no necesariamente es garantía de que el quichua haya penetrado ampliamente en el Ecuador antes de la venida de los incas. No se conoce con precisión el grado de contacto con la mayoría de la población y el paso del cronista fue breve por estas tierras.

A pesar de ello, esta teoría de la presencia del quichua en el Ecuador desde antes de la llegada de los incas pareció muy aceptable para varios estudiosos durante la segunda mitad del siglo XX. Ella buscaba integrar aspectos lingüísticos, históricos, económicos, geográficos e inclusive religiosos, como es el caso de las peregrinaciones al santuario de

Pachacámac en la actual Lima. Esta teoría inclusive era muy útil para contrarrestar la animadversión de algunos sectores que estigmatizaban al quichua señalándolo como el idioma de los invasores incas, pues presentaba la expansión del quichua como algo casi neutro y pacífico. Sin embargo, ya desde la misma década de 1970 comenzó a ser cuestionada académicamente.

Por su parte, Hocquenghem (2012) considera que los argumentos de Torero, según los cuales concluye que el quichua llegó al Ecuador desde el período Intermedio Tardío³⁹ mediante el comercio —principalmente del *mullu*— antes de la presencia de los incas, son cuestionables. Con datos históricos, etnohistóricos y arqueológicos Hocquenghem intenta demostrar que la propuesta de Torero fue construida omitiendo algunos factores contextuales. Así, señala que en las tumbas de Chíncha se ha encontrado un escaso número de *mullus*, además, según los diseños mochicas encontrados en el Intermedio Temprano, no usaban canoas con balsas, sino solo de totora.

In our view, Torero accepted acritically a highly dubious reading of the 'Report' made by Rostworowsky, and founded the better part of his thesis upon this reading and upon its questionable interpretation and conclusions as to the possible existence of a pre-Hispanic maritime trade route along the length of the central and northern Andean coast between Chíncha and Puerto Viejo. For this reason, it becomes very difficult to

39 Para facilitar la comprensión de los lectores ecuatorianos, señalamos la clasificación de la arqueología del Perú: Precerámico Temprano 12000 a.C.-5000 a.C.; Precerámico Medio 5000 a.C.-3000 a.C.; Precerámico Tardío 3000 a.C.-1800 a.C.; Inicial 1800 a.C.-1200 a.C.; Horizonte Temprano 1200 a.C.-200 a.C.; Intermedio Temprano 200 a.C.-600 d.C.; Horizonte Medio 600 d.C.-900 d.C.; Intermedio Tardío 900 d.C.-1450 d.C.; Horizonte Tardío 1450 d.C.-1532 d.C. En cambio, la arqueología del Ecuador se clasifica en: Precerámico 11000 a.C.-4000 a.C.; Formativo 4000 a.C.-300 d.C.; Desarrollo Regional 300 d.C.-800 d.C.; Integración 800 d.C.-1480 d.C.; Inca 1480 d.C.-1533 d.C. (Los datos del Ecuador están basados en Porras [1980] y Bravomalo [2006]).

accept his theory regarding the spread of the Quechua he calls Chinchay during the Late Intermediate Period, which we must challenge in the light of fresh information (Hocquenghem, 2012, p. 354).

Esta posición de Hocquenghem refuta la teoría de Torero, que por más de cuarenta años había sostenido que el quichua se había extendido al Ecuador en tiempos preincaicos a partir de la Costa central del Perú.

Cabe también señalar que Torero no parece haber dado mucho valor en su análisis al papel de la política evangelizadora colonial en la difusión del quichua. Actualmente existen varios autores que han trabajado sobre este aspecto de la Colonia (Estenssoro, 2003; Durston, 2007). Así, el establecimiento de lenguas generales durante la Colonia explicaría la presencia del quichua en la Sierra ecuatoriana y la no presencia del quechua en la Costa norte peruana.

Por su parte, Itier (2013) trae otra hipótesis según la cual el quichua no habría surgido en la Costa central del Perú (como había propuesto Torero y que había permanecido como plausible por más de treinta años hasta fines del siglo XX). Itier, luego de analizar datos históricos, plantea que pudo haber un quechua antiguo en el Cuzco. Este autor argumenta que, aunque los nombres de los primeros incas no son quechuas, los principales conceptos cuzqueños de poder sí son quechuas: *wiraqucha*, *illa-pa*, *chuqi-illa*, *inti*, *punchaw*, *pacha-yachachik*, así como también la mayor parte de la toponimia local. Entre sus conclusiones señala:

Pero sobre todo, el proceso por el cual los habitantes de la región del Cuzco adquirieron el quechua puede entrecruzarse a través del resultado de la evolución local de la lengua. Si bien el cuzqueño antiguo parece haber tenido una mayor influencia particular de los incas y del aimara que la que se observa en el cuzqueño moderno, la impronta de estos sustratos en el léxico y la morfosintaxis del quechua cuzqueño no deja de ser relativamente débil. Aun en campos semánticos como los de la fauna, flora y las herramientas, es decir aquellos en que más suele manifestarse la influencia léxica de los sustratos, el dialecto cuzqueño contiene pocos términos que no sean de origen quechua (Itier, 2013, p. 254).

Ahora bien, si el quichua hubiese llegado a la Costa ecuatoriana proveniente de la Costa central peruana, este debería haberse mantenido en las regiones de la Costa hasta hoy o por lo menos hasta la Colonia, pero los datos históricos no van en esa dirección. La toponimia y las “Relaciones geográficas” muestran que mientras más se aleja de la Sierra en dirección hacia la Costa, es más escasa la presencia del quichua, en tanto que la presencia de las lenguas prequichuas en la Costa es más visible. Podría también pensarse que el quichua habría provenido de la Costa norte peruana, pero eso tampoco es plausible, pues en esa zona norteña del Perú no ha sido el quichua el predominante en los inicios de la Colonia, sino otras lenguas. De tal suerte que el arribo del quichua proveniente del Perú por mar y por la Costa tiene dificultades en el sustento histórico. Resta, entonces, considerar la posibilidad de su ingreso por la Sierra en tiempos preincaicos, pero sobre esto no existen datos.

La teoría de la introducción del quichua con la presencia inca

Varios autores, en cambio, han señalado que el quichua fue introducido por los incas. Entre ellos están: González Suárez (1891/2007), Jijón y Caamaño (1952/1997, pp. 67-68), Caillavet (2000), Gonzalo Ortiz (2001), entre otros. Este último, religioso de la Congregación Redentorista, al comentar distintos pasajes del padre Juan de Velasco, concluye que el quichua fue introducido por los incas:

La tesis del P. Velasco de un idioma común entre el Imperio de los Incas y del Reino de Quito es sencillamente imposible. Y eso por una razón, esta sí verdadera, que es la aducida por el mismo P. Velasco: el idioma difundido por los Incas, el quichua, era un idioma muy limitado, de la región del Cuzco, elevado a la categoría de idioma general y de lengua oficial del Imperio solo por los Incas a partir del siglo XII. Al norte del Perú y sur del Ecuador no llegó el quichua sino en la segunda mitad del siglo XV. Por tanto, no podía haberse difundido en el Norte antes de que lo impusieran los Incas como idioma general (Ortiz, 2001, p. 18).

El padre Ortiz, para argumentar su propuesta, se pregunta: ¿Quiénes hablaban el quichua a la llegada de los españoles? Y esboza la siguiente respuesta:

- Los miembros de la familia imperial: hijos y viudas de Atahualpa y el resto de la familia imperial, muy numerosos por cierto, dada la poligamia generalizada entre los príncipes y señores importantes (de Huaina Cápac se afirma que tuvo más de cien hijos);
- Los generales y oficiales que pertenecían a la familia imperial, tales como Rumiñahui;
- Los miembros de las clases dirigentes venidos del Perú para participar en la administración. No pocos de ellos —imitando a su señor Huaina Cápac— habían formado su hogar en las acogedoras tierras del “reino” de Quito. A la clase dirigente pertenecían los “orejones” o militares escogidos, y eran de sangre inca pura (“rinriyoc auquicuna”, tales como el General Kiskis);
- Los “mitimaes”, ubicados estratégicamente por los Incas para asegurar el dominio imperial; los más de estos mitimaes procedían de la región del Cuzco, por ejemplo los de San Andrés Xunxi (Provincia de Chimborazo) que, según Paz Maldonado, “son de Condesuyo que está junto al Cusco, y hablan unos con otros su lengua de aquella tierra”;
- Las tropas peruanas, que en su mayor parte eran de habla quichua;
- La clase dirigente local, que habían entrado a formar parte de la élite gobernante: caciques, o curacas, que habían hecho propia la cultura y la lengua de los amos cuzqueños. (En este hecho se basa la atribución a un cacique de Alangasí de la composición poética “Atahualpa Huañui”, de la que se hablará después). Los españoles conservaron la estructura de gobierno implantada por los Incas, que tenía como eje la autoridad de los caciques;
- No pocos indígenas de las clases populares, que aprendieron el quichua para poder relacionarse con las autoridades y gente importante, especialmente en sus transacciones comerciales (2001, p. 14).

Lamentablemente, el padre Ortiz no propone nuevos argumentos para sostener sus afirmaciones, solo queda en el anuncio. Tampoco aborda sobre la presencia de las lenguas de sustrato que son un argumento en favor del arribo tardío del quichua al Ecuador. Sin embargo, la versión de que el quechua cuzqueño llegó con los incas tiene sus

bemoles, pues existe otra versión según la cual desde Guamanga hasta Quito no se hablaba el quechua imperial “congruo” del Cuzco, sino el “corrupto” (cf. Huerta, 1616/1993). Esto llevaría a pensar que si el quichua llegó con los incas al Ecuador no pudo haber sido el cuzqueño, sino otro denominado por los primeros quechuistas coloniales como “lengua general”, como se verá más adelante.

Hocquenghem (2012), con estudios que diferentes autores han realizado sobre las rutas de navegación, principalmente del Intermedio Tardío y del Horizonte Tardío, ha llegado a la conclusión de que la navegación por mar desde Chíncha (ubicada al sur de la actual Lima) hasta Pueblo Viejo (en Portoviejo del actual Ecuador) era difícil. Igualmente, señala que el comercio del *mullu* desde las costas ecuatoriales no era con Chíncha, sino con la parte norte del Perú. En consecuencia, postula que fue con la expansión del imperio de los incas que el quichua llegó al Ecuador.

It seems credible that it was only once the northern frontier of the Inca Empire reached the coast of the Tumbes Valley and the highlands north of Quito —that is to say, during the second half of the fifteenth century —that the spread of Quechua into the northern Andes began (Hocquenghem, 2012, p. 365).

Aunque Hocquenghem hace cuestionamientos válidos a las dificultades de un contacto masivo prehispánico entre Chíncha en el Perú y la Costa ecuatoriana, Itier liga al quechua con los incas, lo cual favorece la hipótesis de que este idioma llegó con ellos, sin embargo, quedan en pie otras preguntas irresueltas sobre la presencia del quichua en Ecuador. Así por ejemplo, ¿por qué en suelo ecuatoriano está presente el QIIB, cercano al habla extinta del costeño central peruano, descrito por Domingo Santo Tomás, y no el QIIC que actualmente es hablado en la capital de los incas? Igualmente, ¿por qué en el Ecuador se usa vocablos de elementos importantes que provienen del QI y no del QIIC, que debieron hablar los incas? Así, en Ecuador se usa <yaku> ‘agua’, <tamya> ‘lluvia’, <chusku> ‘cuatro’, proveniente del QI, en vez de <unu>, <para>, <tawa>, respectivamente, que corresponden al cuzqueño.

Varios de estos interrogantes han comenzado a ser aclarados con los estudios de algunos autores que sospechan sobre la existencia de dos realidades quechuas diferentes a las cuales se las ha denominado lengua general en épocas diferentes. La una habría sido la variedad de Chíncha descrita por el primer gramático, Domingo de Santo Tomás; esta habría sido la que hablaban los incas; Betanzos (1551/2015) y Cieza de León (1553/1973) han dejado algunas expresiones quichuas pronunciadas por los soberanos cuzqueños. La otra sería la señalada tardíamente, a fines del siglo XVI, a partir del III Concilio, y que corresponde al “cuzqueño aimarizado moderno”, es decir, con sonidos laringalizados. Igualmente a las hablas de la Sierra central peruana, arbitrariamente se las denominaría “chinchaysuyas”, cuando la auténtica chinchaysuya habría sido la de Chíncha, ubicada en la Costa sur peruana. Sobre la existencia de esta confusión en la denominación de lengua general entre los autores de mediados del siglo XVI y los de fines de ese siglo y posteriores, Cerrón-Palomino dice:

Sin embargo, como lo han venido señalando César Itier (2011) y quien escribe (*cf.* Cerrón-Palomino 2013b), el referente de “lengua general” no ha sido el mismo entre los autores mencionados, habiendo devenido en una designación ambigua. En efecto, lo que los primeros cronistas registran y ponen en boca de los incas no es el mismo quechua al que se refieren más tarde Blas Valera o Garcilaso ni tampoco González Holguín, Acosta o Cobo. Se trata, en verdad, de variedades claramente distintas, aun cuando, juzgadas a partir de la información histórica y dialectal de que disponemos en la actualidad, formarían parte de la llamada rama sureña (en oposición a la central). Y no obstante que el material probatorio con que contamos para sostenerlo señalado resulta fragmentario, por no decir precario, de todos modos es suficientemente importante y decisivo para evitar caer en el error tradicional de asignar a los incas una variedad quechua que, ahora lo sabemos, se configura y codifica con posterioridad a la caída del Imperio y consiguiente ordenamiento colonial (2017, p. 85).⁴⁰

40 Sobre este asunto se volverá en el cap. 3, a propósito de las características del quichua ecuatoriano.

Por otra parte, de las palabras consideradas propias del “nuevo chinchaisuyu” por Figueredo (1700/1991, pp. 113-121), apenas 45 de las 170 palabras traídas en la obra, son conocidas en todo el Ecuador. Adicionalmente, hay tres conocidas únicamente en Cañar, Azuay y Loja: <mashay, ruru, parkuy> ‘calentar en el sol, huevo, regar agua’, respectivamente, y una <musiyay> ‘presentir, conjeturar’ que es usada en la Amazonía y en la provincia de Bolívar en la Sierra.

Quizá la respuesta parcial a esta complejidad esté en lo proponía Hartman (1994): que hubo dos momentos de llegada del quichua al Ecuador. El primero pudo haber sido a manera de pequeños enclaves que se fueron conformando por comerciantes al estilo de los *mindalae*s estudiados por Salomón (1980/2011). El segundo pudo ser en forma masiva a través de los incas. En esto habrían contribuido los mitimaes como también lo señala Hartman en el mismo artículo. Sobre la presencia de los mitimaes traídos de distintos lugares del imperio, todavía es un campo abierto la investigación.

Visto así, la teoría de la presencia preincaica del quichua en el Ecuador y la otra que sostiene que esta lengua fue introducida por los incas, resultarían más complementarias antes que excluyentes. Pero adicionalmente, la generalización del quichua en el Ecuador parece haberse debido, en una tercera etapa, a la labor de los misioneros. El padre Ortiz hace una síntesis de esta tarea de los religiosos de las diferentes órdenes:

Fueron los MERCEDARIOS, los primeros en aprender el quichua. El P. Martín de Victoria, capellán de Benalcázar, redactó la primera gramática quichua, lastimosamente extraviada. De él dice González Suárez: “En muy breve tiempo llegó a hablar expeditamente la lengua del Inca, y fue el primero que ejercitaba en ella, en su convento, a varios clérigos y a los religiosos de su orden”. No se quedaron atrás los hijos de San Francisco. Tan pronto como llegó a Quito (6 de diciembre de 1535), fray Jodoco Rique se dedicó a aprender el quichua y a prestar asistencia y enseñanza principalmente a los miembros de la familia real y de la nobleza local. Llegó a dominar a la perfección el idioma de los Incas y

redactó varias obras lamentablemente perdidas, entre ellas: “Catecismo y Devocionario en Quichua”, “Sermones varios en lengua quichua y española” (2001, pp. 33-34).

Ortiz menciona que también los agustinos tuvieron una cátedra de quichua. Por su parte, los dominicos tuvieron la cátedra “oficial” de quichua asignada por la Corona española en 1581. El primero en ejercerla fue fray Hilario Pacheco, el segundo fue el criollo fray Pedro Bedón, de quien se dice se había formado en Lima. Los jesuitas llegaron a Quito en 1586 y contaban con cuatro maestros en idioma quichua, entre los que estaba Diego González de Holgín, quien permaneció en Quito hasta el año de 1600. Según Ortiz (2001, p. 34), interpretando datos del historiador jesuita padre Jouanen (1941, p. 187), ellos se hicieron cargo del Seminario Mayor de San Luis y de la cátedra de quichua en 1594 y la ejercieron hasta su expulsión en 1767.

Luego de la revisión de estas teorías, se puede concluir que las dos propuestas del origen exógeno del quichua cuentan con mayores argumentos que la endógena. Sin embargo, estas tampoco resuelven todas las interrogantes que se plantean al estudiar la diversidad dialectal del quichua ecuatoriano, como es el hecho de que el quichua de la Sierra centro es más fragmentario que las hablas de la Sierra norte y sur. La propuesta de Hartman (1994), de que hubo dos momentos de llegada del quichua al Ecuador, el primero bastante reducido en tiempos preincaicos y el segundo con mayor intensidad ya con la presencia de los gobernantes cuzqueños, hasta el momento aparece como muy plausible; si se toma en consideración la presencia abundante de elementos de sustrato de las lenguas prequichuas. Efectivamente, la masificación tardía del quichua en el Ecuador explicaría la alta presencia de topónimos de las lenguas de sustrato.

Queda pendiente la explicación del porqué existe mayor fragmentación dialectal en la Sierra centro que en las otras regiones. Esto quizá se deba a la presencia de numerosos grupos de mitimaes que fueron asentados por los incas y que cada uno, posteriormente, tuvo su propia evolución.